

Seix Barral Biblioteca Formentor



Don DeLillo

Fin de campo





Seix Barral Biblioteca Formentor

Don DeLillo

Fin de campo

Traducción del inglés por
Javier Calvo

Título original: *End Zone*

© Don DeLillo, 1972

© por la traducción, Javier Calvo, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: octubre de 2015

ISBN: 978-84-322-2520-8

Depósito legal: 19.936-2015

Composición: Àtona - Víctor Igual, S. L., Barcelona

Impresión y encuadernación: CPI, Barcelona

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

- 7 PRIMERA PARTE
- 129 SEGUNDA PARTE
- 169 TERCERA PARTE

1

Taft Robinson fue el primer estudiante negro que se matriculó en el Logos College del oeste de Texas. Lo cogieron por su rapidez.

Para el final de la temporada ya era fácilmente uno de los mejores corredores de fútbol americano de la historia del Sudoeste. Con el tiempo habría acabado en los televisores del país entero, haciendo publicidad de automóviles de ocho mil dólares o de espuma de afeitar con aroma a aguacate. Su nombre aparecería en una cadena de locales de comida rápida. Su biografía, en la parte de atrás de las cajas de cereales. Se podría escribir una monografía soporífera exclusivamente sobre ese tema, el atleta moderno como mito comercial, con notas a pie de página. Pero no es lo que me propongo hacer aquí. Aquel año tuvo otras entonaciones, al menos para mí, el fenómeno del anti-plauso: las palabras descompuestas en forma de sonido en bruto y el consiguiente silencio de textura metálica. Y por eso Taft Robinson, para bien o para mal, hace poco más que rondar este libro como un fantasma. En cierta manera me parece adecuado. El hombre invisible lleva tiempo rondando por la mansión (atención a la metáfora doble).

Pero centrémonos en las cosas simples. Los jugadores de fútbol americano son gente sencilla. Toda complejidad, toda política oscura del alma humana y del corazón, queda contenida por los bordes de tiza del campo de juego. A veces las visiones extrañas cruzan reverberando ese campo; la locura se filtra al exterior. Pero en cualquier otro lugar, el jugador de fútbol americano viaja siguiendo la más recta de las líneas. Sus pensamientos son saludablemente vulgares y sus actos no se ven complicados ni por la Historia ni por los enigmas, los holocaustos o los sueños.

La pasión por la simplicidad, por las cosas genuinas de antaño, como los niños repartidores de periódicos en bicicleta, pobló nuestros días y noches durante aquel verano inclemente. Nos entrenábamos bajo aquel calor ondulante sin nada en que apoyarnos más que la convicción de que las cosas allí eran simples. Golpear y encajar golpes; marcar al guardia escolta; atropellar a gente; chupar hielo y adoptar la posición de tres puntos. Éramos un equipo eficiente y entregado, dirigido por un entrenador ambicioso y por sus siete opresivos ayudantes. Algunos de nosotros éramos más simples que otros. A unos cuantos se nos podía considerar parias o exiliados; tres o cuatro, como pasa en todos los equipos de fútbol americano, estaban locos. Pero todos, hasta yo, estábamos entregados.

Entrenábamos en la hierba a cuarenta y un grados bajo el sol. Atacábamos el tren de blocajes y correteábamos por entre las cuerdas entrelazadas. Nos plantábamos en lo que se llamaba el pasadizo (una franja muy estrecha de campo flanqueada a ambos lados por muñecos de placaje) y hacíamos enfrentamientos individuales, perseguidor de quarterback contra placador, luchando con las manos hasta derribar al contrario. Dábamos cabezazos,

arañazos y coces. Había peleas a puñetazos a punta de pala. Hubo una refriega generalizada y caótica que los entrenadores permitieron durante cinco minutos, plantados en las líneas de banda con expresiones placenteramente aburridas, mientras nosotros nos propinábamos patadas en las espinillas y arreábamos zurdazos y derechazos idiotas a las caras enjauladas. Los más impulsivos se sacaban el casco y lo usaban para golpear todo lo que se moviera. Por las noches rezábamos.

Yo era uno de los exiliados. Hubo muchas veces, créanlo ustedes, en que me pregunté qué estaba haciendo en aquel lugar remoto y abandonado, en aquella tundra estival, recibiendo somantas de palos de una pareja de texanos de ciento diez kilos a los que les salía espuma por la boca. Tan cansado y dolorido por la noche que no podía levantar el brazo para cepillarme los dientes. Obligado a obedecer las órdenes descabelladas de hombres nada razonables. Apartado de todas las modalidades de civilización que yo hubiera conocido o estudiado. Coreando todas las noches, junto con el resto del equipo, las oraciones de nuestro entrenador, hechicero y patriarca vengador. Obligado a llevar una vida simple.

Luego nos contaron que Taft Robinson venía a nuestra universidad. Yo esperaba con ganas su llegada: un acontecimiento, por fin, en una época de incidentes y pequeñas desesperaciones. Pero a mis compañeros de equipo la noticia pareció ensombrecerlos. Era una ruptura con la simplicidad, el rincón fantasmal de un sueño, un episodio de magia boscosa que los asustaba por las noches.

Taft venía traspasado de Columbia. Todo lo que se contaba de él era bueno. 1) Corría las cien yardas en 9,3 segundos. 2) Tenía buenos movimientos y buenas manos.

3) Era fuerte y casi nunca soltaba el balón. 4) Rompía placajes como si estuviera pasando por el torno del metro. 5) Podía hacer placajes ofensivos, cuando le apetecía.

Pero sobre todo podía volar: un registro de 9,3 en las cien yardas. Rapidez. Tenía rapidez de velocista. La rapidez es la única emoción que queda, la única que no hemos gastado, provista de un potencial todavía desnudo, el misterioso don negro que emociona a millones de espectadores.

2

(Exiliado o paria: cuando la temperatura pasa de los cuarenta grados, la distinción tiende a esfumarse.)

Taft Robinson llegó a principios de septiembre, un par de semanas antes de que empezara el curso. El equipo, originalmente compuesto por un centenar de hombres, aunque pronto reducido a sesenta y después todavía a menos, se había presentado a mediados de agosto. Taft se había perdido los entrenamientos de primavera y veinte días de la temporada en curso. No pensé que pudiera ponerse al día. Yo estaba en la oficina de la presidenta cuando llegó. La presidenta era la señora de Tom Wade, la viuda del fundador. Todo el mundo la llamaba la señora de Tom. Era la única mujer que he visto en mi vida a la que se podía aplicar de forma pertinente el adjetivo *lincolniana*. Más allá de su apariencia, yo no tenía ninguna idea en firme de si era real; alta, de cejas negras y más descarnada que un clavo de vía de tren.

Yo estaba allí porque era del norte. Al parecer creían que mi presencia haría que Taft se sintiera más en casa, algo que a mí me parecía risible. (Él era de Brooklyn y había ido a Columbia tras pasar por el Boys High, un ins-

tituto conocido por los deportistas que producía.) La señora de Tom y yo lo esperábamos sentados.

—A mi marido le encantaba este sitio —me dijo ella—. Lo construyó de la nada misma. Tuvo una idea y trabajó en ella hasta el final. Creía en la razón. Era un hombre de razón. Adoraba la palabra misma. Por desgracia, era mudo.

—No lo sabía.

—Lo único que podía hacer era gruñir. Hacía unos ruidos asquerosos. Se le acumulaba saliva en las comisuras de la boca. No era una imagen muy agradable que digamos.

Taft entró flanqueado por nuestro entrenador jefe, Emmett Creed, y por el entrenador del cuadro ofensivo, Oscar Veech. Le calculé de inmediato la altura y el peso: poco menos de metro noventa y unos noventa y cinco kilos. Buenos hombros, cintura estrecha, cuello aceptable. La res premiada en la feria del condado. Llevaba un traje gris oscuro que debía de ser tan viejo como él.

La señora de Tom le soltó su discurso:

—Joven, siempre he admirado la perseverancia de tu gente. Lo tenéis complicado en la vida. Con franqueza: yo me opuse a esto desde el principio. Cuando me contaron el plan que tenían, les dije que era una memez. Una memez absoluta. Pero Emmett Creed es un hombre muy persuasivo. Esto no nos va a resultar fácil a ninguno. Pero ¿para qué sirve la razón, si no es para ayudarnos a salir de los baches? Ya está. Ya he dicho lo que pensaba. Ahora ya puedes irte con el entrenador Creed, y cuando hayáis acabado de hablar de fútbol, asegúrate de volver aquí y pasar a ver a la señora Berry Trout, que está en la puerta de al lado. Ella te arreglará todo lo de los cursos, el alojamiento y esas cosas. Será la Historia quien nos juzgue.

Entonces llegó mi turno.

—Gary Harkness —le dije—. Somos casi vecinos. Yo soy del estado de Nueva York.

—¿A qué altura?

—De bastante al norte. De hecho, de muy al norte. De un pueblecito de las Adirondack.

Fuimos a la residencia de jugadores, un edificio aislado que se acababa de terminar de construir pero que todavía no tenía césped delante y estaba lleno de letreros de PINTURA HÚMEDA. Los dejé a los tres en la habitación de Taft y bajé a cambiarme para los entrenamientos de la tarde. Moody Kimbrough, nuestro atajador ofensivo derecho y capitán en ataque, me interceptó cuando yo estaba pasando por la zona de isométricos.

—¿Ha llegado?

—Ha llegado —le dije.

—Qué bien. Estupendo.

En la sala de entrenamientos, Jerry Fallon tenía la pierna en el hidromasaje. Estaba haciendo el crucigrama del periódico local.

—¿Ha llegado?

—Llega a todas partes —le dije.

—¿Quién?

—El ser supremo del cielo y la Tierra. Cuatro letras.

—Ya sabes por quién te pregunto.

—Sí que ha llegado. Ha llegado entero. Ciento veinte kilos de caoba maciza.

—¿Cuánto? —dijo Fallon.

—Están pensando en ponerlo a jugar de guardia. Ha llegado con un poco más de peso del que esperaban. Unos ciento quince. De guardia izquierdo, creo que ha dicho el entrenador.

—¿Me estás tomando el pelo, Gary?

—Guardia izquierdo es tu posición, ¿verdad? Acabo de darme cuenta.

—¿Cuánto me has dicho que pesa?

—Ha llegado con ciento quince, ciento veinte. Bronce macizo, recién sacado de la fundición. El entrenador lo llama el ciento quince más rápido del país.

—Se supone que juega de corredor —dijo Fallon.

—Eso era antes de que ganara peso.

—Creo que me estás tomando el pelo, Gary.

—Pues sí.

—Hijo de puta —dijo Fallon.

Nos pasamos más o menos una hora ensayando unas jugadas nuevas. Los ayudantes de Creed se paseaban entre nosotros, gritándonos cada vez que nos equivocábamos. Creed estaba subido a la torre, examinando las dinámicas de equipo. Vi a Taft en la línea de banda con Oscar Veech. Los jugadores no paraban de echar vistazos en aquella dirección. Cuando la segunda unidad se ocupó del ataque, fui a la otra punta del campo y hurgué en busca de un poco de sombra donde sentarme. Al final me limité a dejarme caer sobre la valla de lona y me quedé más o menos erguido, contemplando la refriega desde lejos. Aquellas pantallas de lona rodeaban todo el campo de entrenamiento para evitar el espionaje por parte de futuros oponentes. Era una de las muchas innovaciones que se le habían ocurrido a Creed, aunque en otras universidades ya existía. También había hecho construir la torre y la residencia para que el equipo de fútbol americano viviera aparte (a fin de insuflarnos sensación de unidad). Era el primer año de Creed en el Logos. Había nacido en Texas, en una cabaña de troncos o bien en un pesebre, dependiendo de quién contara la historia, a orillas del río Grande, en lo que hoy se conoce como Parque

Nacional Big Bend. Por eso a la prensa deportiva le gustaba apodarlo Big Bend. Había jugado de corredor en varios equipos de la liga All-American, en los viejos tiempos de las formaciones de ala única de la SMU, a continuación pilotó un B-27 durante la guerra y por fin jugó tres años de corredor con los Bears de Chicago. Entonces se hizo entrenador, primero como ayudante de George Halas en Chicago y después como entrenador titular en la Missouri Valley Conference, la Big Eight y la Southeastern Conference. Era famoso por crear orden a partir del caos y por montar buenos equipos para universidades conocidas por ser perdedoras perpetuas. Tenía en su haber cuatro temporadas sin una sola derrota, cinco campeonatos de conferencia y dos campeonatos nacionales. Luego un quarterback suplente dijo o hizo algo que no le gustó y Creed le rompió la mandíbula. La cosa tomó aires de escándalo nacional y se pasó tres años alejado de la atención pública, hasta que la señora de Tom lo llamó para que fuera al oeste de Texas. Aquello estaba muy por debajo de la Big Eight, pero Creed se las apañó para convencer a la viuda de que un buen equipo de fútbol americano podría poner en el mapa a su pequeña y solitaria universidad. De manera que las prioridades cambiaron, se contrató a ayudantes nuevos, se cortejó a exalumnos, empezó a fluir cierta cantidad de dinero procedente del petróleo, se puso en juego una serie de aviones privados para el reclutamiento, se cambió el nombre del equipo, los Cactus Wrens por los Screaming Eagles, y Emmett Creed emprendió su regreso. Lo único que no tenía sentido alguno era la tonelada de lona que escondía nuestras sesiones de entrenamiento. Fuera no había nada más que insectos.

Se relevó a la primera unidad y puse rumbo lenta-

mente hacia el polvo y el ruido. En lo alto de su torre, Creed habló por el megáfono:

—Defensa, os agradecería un poco de esfuerzo. En este deporte no dan puntos por apatía. Perseguid al contrario. Salid de la nada y atacadlos. Golpead. Golpead. Golpead.

En la primera jugada, Garland Hobbs, nuestro quarterback, intentó engañarme yendo directo a la línea y luego pasándosela al otro jugador atrasado, Jim Deering. Lo golpeó antes un apoyador, Dennis Smee, que lo derribó al suelo y a continuación se le unieron con retraso y bastante dureza un atajador y otro apoyador. Deering no se movió. Dos asistentes del entrenador se pusieron a decirle a gritos que estaba afeando el paisaje. Él intentó levantarse pero no lo consiguió. Los demás caminamos hasta la siguiente línea interior y repasamos la siguiente jugada.

Todo terminó con dos vueltas alrededor de los postes de la meta. Lloyd Philpot Jr., ala defensivo, se desplomó en mitad de la segunda vuelta. Lo dejamos allí, en la zona de anotación, tumbado boca abajo, con una pierna temblándole un poco. Su padre había sido seleccionado en representación de la Baylor para el equipo de honor del circuito nacional durante tres años seguidos.

Aquella noche Emmett Creed se dirigió al equipo:

—Escribid a casa con regularidad. Vestid con pulcritud. Sed corteses. Explicad bien vuestros problemas. No seáis vagos. Si hay algo que no quiero ver ni en pintura, es un jugador de fútbol americano que hace el vago. Desplazaos de un sitio a otro con rapidez, tanto en el terreno de juego como en los pasillos de los edificios. Nunca seáis demasiado orgullosos para no rezar.